

CARTA XXIII.

Maguncia.

El autor define el camino de hierro.—Particularidades del camino de hierro de Maguncia á Francfort.—Devastaciones salvajes y horrible progreso del «buen gusto».—El autor compara Colonia, Francfort y Maguncia.—La catedral de Maguncia.—Edificio de doble ábside.—Plano geométral.—Los campanarios.—Puertas de bronce.—Facsimile de la inscripción.—Viaje detenido y curioso del autor á través de las tumbas de los arzobispos electores.—Censo.—Detalles.—Aproximaciones.—Singular historia del astrólogo Mabusius.—M. Luis Colmar colocado enfrente de M. Antonio Berdolet.—Juan y Adolfo de Nassau colocados enfrente como Adolfo y Antonio de Schauenbourg.—Hay cuarenta y tres tumbas.—Fastrada, mujer de Carlo-Magno.—Su epitafio.—Facsimile.—792.—El buen viejo suizo que refiere estas historias.—Mobiliarios diferentes de los dos ábsides.—Magnífica carpintería churriguera.—Sala Capitulár.—Claustro.—El bajo-relieve enigmático.—Frauenlob.—La fuente de la plaza del Mercado.—Inscripciones.—Maguncia desde lo alto de la ciudadela.—Hasta qué punto las mujeres son cariñosas en Maguncia.—Adlerstein.—Lo que es el punto negro que se vé allá abajo.

Maguncia, Setiembre.

Maguncia y Francfort, como Versalles y Paris, no son más que una misma ciudad. En la Edad Media habia entre las dos ciudades ocho leguas, es decir, dos jornadas; hoy cinco cuartos de hora las separan, ó mejor dicho, las acercan. Entre la ciudad imperial y la ciudad electoral, nuestra civilizaci6n ha arrojado ese guion que se llama un camino de hierro. Camino de hierro encantador, que costea el Mein á cada momento, que atraviesa una verde, rica y vasta llanura, sin viaductos, sin túneles, sin desmontes ni terraplenes, con sencillas ensambladuras de madera debajo de los rails; camino de hierro que los manzanos cubren paternalmente de sombra, como si fuese la senda de un pueblecillo; que está entregado, sin fosos ni verjas, al mismo nivel, á la hombría de bien natural de los pilluelos alemanes, y que en toda su extension parece que una mano invisible os presenta unos tras otros los vergeles, los jardines y los campos cultivados, retirándolos en seguida con apresuramiento y hundiéndolos revueltos en el fondo del paisaje, como ricas telas desheñadas por el comprador.

Francfort y Maguncia son como Lieja, admirables ciudades devastadas por el buen gusto. Yo no sé qué propiedad corrosiva tiene la arquitectura descolorida, las columnatas de yeso, las iglesias-teatros y los palacios-ventorrillos; pero es lo cierto que todas las pobres ciudades viejas se funden y se disuelven rápida-

mente en ese horrible monton de casas blancas. Yo acariciaba la idea de ver en Maguncia el Martinsburg, residencia feudal de los electores-arzobispos hasta el siglo diez y siete, y me he encontrado con que los franceses la convirtieron en hospital, y los hesseses la han arrasado para agrandar el puerto franco. Respecto al hotel de los comerciantes, edificado en 1317 por la famosa liga de las cien villas, espléndidamente decorado con estátuas de piedra de los siete electores llevando sus blasones, por bajo de las cuales dos figuras colosales sostenian el escudo del imperio, ha sido demolido para construir una plaza. Yo habia echado mis cuentas de alojarme frente por frente en esa hostería de las Tres Coronas, abierta desde 1360 por la familia Cleemann y que es sin disputa alguna la posada más antigua de Europa; yo me prometia instalarme en una de esas hosterías como las que describe el caballero de Gramont, de inmensa chimenea, gran sala de pilares y vigas, cuya pared no es más que una vidriera soldada de plomo y por fuera solo tiene el poyo para montar en la mula. Yo no he llegado ni á entrar en ella. La vieja posada Cleemann es hoy una especie de falso hotel Meurice, con rosetones de carton-piedra en el cielo raso y en las ventanas ese lujo de colgaduras y esa indigencia de cortinas que caracterizan las hosterías alemanas.

Andando el tiempo Maguncia hará de la casa de *Bona Monte* y de la casa *Zum Jungen* lo que Paris ha hecho de la venerable casa del Pilar de los Mercados. Se destruirá, para reemplazarlo por alguna despreciable fachada adornada con algun despreciable busto, el techo natal de ese Juan Gensfleisch, gentil-hombre de cámara del elector Adolfo de Nassau, que la posteridad conoce con el nombre de *Guttenberg*, como conoce con el nombre de *Molière* á Juan Bautista Poquelin, ayuda de cámara de Luis XIV.

Sin embargo, las viejas iglesias defienden aun lo que les rodea, y hay que buscar á Maguncia alrededor de su catedral, como hay que buscar á Francfort alrededor de su colegiata.

Colonia es una ciudad gótica todavía rezagada en la época romana; Francfort y Maguncia son dos ciudades góticas ya metidas de lleno en el Renacimiento, y hasta por muchos lados en el estilo duro y chinesco. De aquí que le encuentre á Maguncia y á Francfort no sé qué aire de ciudades flamencas que las dis-

tingue y las aísla casi entre las ciudades del Rhin.

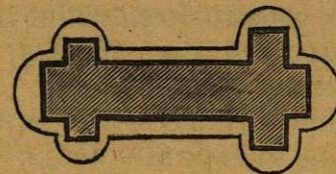
Se nota en Colonia que los austeros constructores de la catedral, los maestros Gerard, Arnold y Jean, han llenado largo tiempo la ciudad con su inspiración.

Parece que esas tres grandes sombras hayan velado por espacio de cuatro siglos por Colonia, protegiendo la iglesia de *Plectrude*, la iglesia de *Annon*, la tumba de *Teofania* y la cámara de oro de las once mil vírgenes, barriendo el camino al mal gusto, apenas tolerando las imaginaciones casi clásicas del Renacimiento, guardando la pureza de las ojivas y de las arquivoltas, arrancando los adornos del tiempo de Luis XV allá donde tenian el valor de presentarse, manteniendo en toda la vivacidad de sus perfiles y de sus aristas los aleros cortados y los severos hoteles del siglo catorce, y no se han retirado, como el leon delante del asno, más que en presencia del arte estúpido y abominable de los arquitectos parisienses del imperio y de la Restauración. En Maguncia y en Francfort, la arquitectura Rubens, la línea hinchada y potente, el rico capricho flamenco, la espesa é inextricable vegetación de los enrejados de hierro cargados de flores y de animales, la inagotable variedad de rinconadas y torrecillas; el color, el fenómeno; el contorno mofetudo, panzudo, opulento, teniendo más salud todavía que belleza; el mascarón, el tritón, la náyade, el delfin chorreando agua, toda la escultura pagana, carnosa y robusta, la ornamentación enorme, hiperbólica y exorbitante, el mal gusto magnífico, invadieron la ciudad desde el principio del siglo diez y siete, y han llenado de penachos y guirnaldas, según su poética fantasía, la vieja y grave mampostería alemana. También se ven por todas partes frontispicios historiados, trabajados y labrados á torno; frontis complicados de artificios de guerra, de granadas, piñas, cipos y rocallas, ofreciendo perfiles de platos de cangrejos y tejados con volutas de tres potencias como la peluca de ceremonia de Luis XIV.

Miradas á vista de pájaro Maguncia y Francfort, teniendo la una en el Rhin y la otra en el Mein la misma posición que Colonia, tienen necesariamente la misma forma. En la ribera fronteriza, el puente de barcas de Maguncia ha producido Castel, y el puente de piedra de Francfort ha producido *Sachshausen*,

como el puente de Colonia ha producido *Deutz*.

La catedral de Maguncia, lo mismo que las catedrales de Worms y de Tréveris, no tiene fachada y termina en sus extremidades con dos coros.



Estos son dos ábsides romanos que tiene cada uno su crucero, los que se miran y reune una gran nave. Diríase que son dos iglesias, soldadas la una á la otra por su fachada. Las dos cruces se tocan y se mezclan por el pié. Esta disposición geométrica engendra en elevación seis campanulas, es decir, sobre cada ábside un ancho campanario entre dos torrecillas, del mismo modo que el sacerdote está entre el diácono y el subdiácono, simbolismo que reproduce, como ya he dicho en otra ocasión, el gran roseton de nuestras catedrales entre sus dos ojivas.

Los dos ábsides, cuya reunión forma la catedral de Maguncia, son de dos épocas diferentes, y aunque casi idénticos en dibujo geométral, en las dimensiones con corta diferencia, presentan, como edificio, un contraste completo y sorprendente. El primero y el menos grande data del siglo diez. Comenzado en 978, fué terminado en 1009. El segundo, cuyo elevado campanario tiene doscientos pies de alto, fué comenzado poco después, pero fué incendiado en 1190, y desde entonces cada siglo ha puesto en él su piedra. Hace cien años el gusto reinante invadió la catedral; toda la flora de la arquitectura Pompadour mezcló sus relieves de piedra, sus falbalas y sus ramajes con los encajes bizantinos, los losanjes lombardos y los arcos de medio punto sajones, y hoy esta vegetación extravagante y ridícula cubre el viejo ábside. El gran campanario, como ancho, rechoncho, amplio en su base, soberbiamente cargado de tres ricas diademas adornadas con florones, cuyos diámetros van decreciendo de la base á la cúspide, labrado por todas partes con rosetones y facetas, parece más bien construido con pedrerías que con piedras. Sobre la otra corpulenta torre, grave, sencilla, bizantina y gótica, que le hace frente, albañiles modernos han levantado, probablemente por economía, una cúpula igualmente puntiaguda, apoyada en su base por un círculo de tejadillos agudos, que se asemeja á la corona de hierro de los reyes lombardos; cúpula de zinc, perfectamente desnuda,

sin dorados y sin adornos, de un perfil ligeramente hinchado, que recuerda el antiguo peinado pontifical de los tiempos primitivos. Se diría que era la severa tiara de Gregorio VII mirando la tiara espléndida de Bonifacio VIII. Alto pensamiento, formado, construido y esculpido allí por el tiempo y el azar, que son dos grandes arquitectos.

Todo ese venerable conjunto está revocado de color de rosa; todo, de alto abajo, los dos ábsides, la grande nave y los seis campanarios. La revocación está hecha con esmero y gusto. Se ha aplicado el rosa pálido al campanario bizantino y el rosa vivo al campanario Pompadour.

Como la capilla de Aix, la catedral de Maguncia tiene sus puertas de bronce adornadas con cabezas de leones; las de Aix-la-Chapelle son romanas. Cuando visité Aix y vi aquellas puertas, recordarás que en vano busqué la hendidura que tiene, y que debió de hacer, según se dice, el puntapié del diablo cuando salió furioso por haberse tragado el alma de un lobo en lugar del alma de un vecino. Ninguna historia de este género recomienda las puertas de la catedral de Maguncia. Son del siglo once y fueron dadas por el arzobispo Willigis á la iglesia, hoy demolida, de Nuestra Señora, de donde se tomaron para enclavarlas en una majestuosa portada romana de la catedral. En lo alto de las dos hojas están escritos en caracteres romanos los privilegios concedidos á la ciudad en 1135 por el arzobispo Adalberto, segundo elector de Colonia. Más abajo está grabada en una sola línea esta leyenda muy antigua (*sic*):

WILGISVS ARCEPSEXT METAV
SPECIE VALVAS EFFETERAT PRIMVS

Si el interior de Maguncia recuerda las ciudades flamencas, el interior de su catedral recuerda las iglesias belgas. La nave, las capillas, los dos cruceros y los dos ábsides carecen de vidrios y de misterio, están revocadas de blanco desde el pavimento á la bóveda, pero se hallan suntuosamente amuebladas. Por todas partes surgen á la mirada los frescos, los cuadros, los revestimientos, las columnas torneadas y doradas; pero las verdaderas joyas de este inmenso edificio son las tumbas de los arzobispos electores. Con ellas se ha pavimentado la iglesia, se han hecho los altares, se han apuntalado los pilares, se han cubierto las

paredes; son magníficas láminas de mármol y de piedra, más preciosas algunas veces por la escultura y el trabajo que las láminas de oro del templo de Salomón. Yo he comprobado que hay, tanto en la iglesia como en la sala Capitular y en el claustro, una tumba del siglo octavo, dos del trece, seis del catorce, seis del quince, once del diez y seis, ocho del diez y siete y nueve del diez y ocho; total, cuarenta y tres sepulcros. En este número, ni cuento las tumbas-altares, difíciles de abordar y de explorar, ni las tumbas-pavimentos, sombrío y confuso mosaico de la muerte, cada día más borrado por los piés de los que entran y salen.

Omito igualmente las cuatro ó cinco tumbas insignificantes del siglo diez y nueve.

Todas esas tumbas, exceptuando cinco, son sepulturas de arzobispos. Sobre esos treinta y ocho cenotafios, dispersos sin orden cronológico y como al azar entre un bosque de columnas bizantinas, con chapiteles enigmáticos, el arte de seis siglos se desenvuelve, vegeta y crecen inextricablemente sus ramas, de donde caen, como un doble fruto, la historia del pensamiento al mismo tiempo que la historia de los hechos. Allí, Liebenstein, Homburg, Gemmingen, Heufenstein, Brandeburgo, Steinburg, Ingelheim, Dalberg, Eltz, Stadion, Weinsberg, Ostein, Leyen, Hennenberg, Tour-et-Taxis, casi todos los grandes nombres de la Alemania rhenana, aparecen á través de ese sombrío resplandor que las tumbas esparcen en las tinieblas de las iglesias. Todos los caprichos de época, de artista y de moribundo se mezclan á todos los epitafios. Los mausoleos del siglo diez y ocho se entreabren y dejan escapar su esqueleto, llevando en sus largos dedos sin carne mitras de arzobispos y birretes de electores. Los arzobispos contemporáneos de Richelieu y de Luis XIV sueñan acostados en lo profundo de sus sarcófagos y apoyados sobre el codo. Los arabescos del Renacimiento enroscan sus hojas trepadoras y encaraman sus monstruos en los delicados follajes del siglo quince y hacen entrever, bajo mil complicaciones encantadoras, pequeñas estatuas, dísticos latinos y blasones coloreados. Nombres severos, *Matias Burheg*, *Conrado Rheingraf* (Conrado, conde del Rhin), se inscriben entre el monje tonsurado que representa el clero y el hombre de armas encasquetado que representa la nobleza, bajo la pura ojiva de triángulo

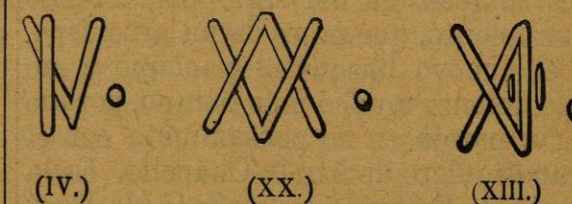
equilátero del siglo catorce; y sobre la lámina pintada y dorada del siglo trece, gigantescos arzobispos, que tienen monstruos apocalípticos á los piés, coronan con sus dos manos á la vez reyes y emperadores menores que ellos. En esta altanera actitud te miran fijamente con sus ojos de momia egipcia Siegfried, que coronó dos emperadores; Enrique de Thuringe y Wilhelm de Holanda, y Pedro Aspeld, que coronó dos emperadores y un rey; Luis de Baviera, Enrique VII y Juan de Bohemia. Los blasones, los mantos de armiño, la mitra, la corona, el birrete electoral, los cetros, las espadas, los báculos abundan, se hacen y se amontonan en estos monumentos y se esfuerzan en recomponer ante la mirada del que pasa esa grande y formidable figura que presidia á los nueve electores del imperio de Alemania y que se llamaba el arzobispo de Maguncia. Caos, ya semi-sumergido en la sombra, de cosas augustas ó ilustres, de emblemas venerables ó temibles, de donde esos poderosos príncipes querían hacer salir una idea de grandeza y de donde sale la idea de la nada.

Cosa notable y que prueba hasta qué punto la Revolución francesa era un hecho providencial y como la resultante necesaria, y por decirlo así algebraica, de todo el antiguo conjunto europeo, es que todo lo que ha destruido ha sido destruido para siempre. Ella ha llegado á la hora marcada, como un leñador obligado á acabar su trabajo, á derribar con premura y confusamente todos los viejos árboles misteriosamente marcados por el Señor. Como lo tengo ya indicado en alguna parte, se percibe doquiera que ella tenía el *quid divinum*. Nada de lo que ella ha echado por tierra ha vuelto á levantarse; nada de lo que ella ha condenado ha sobrevivido; nada de lo que ella ha deshecho ha vuelto á recomponerse. Y observemos aquí que la vida de los Estados no está suspendida en el mismo hilo que la de los individuos: no basta herir un imperio para matarlo; no se matan las ciudades y los reinos más que cuando deben morir. La Revolución francesa tocó á Venecia, y Venecia cayó; tocó el imperio de Alemania, y el imperio de Alemania cayó; tocó á los electores, y los electores se han desvanecido. El mismo año, el gran año-abismo, devoró al rey de Francia, ese hombre casi Dios, y al arzobispo de Maguncia, ese sacerdote casi rey.

La Revolución no extirpó ni destruyó Roma, porque Roma no tiene cimientos,

pero sí raíces; raíces que van sin cesar creciendo en la sombra, por debajo de Roma y por debajo de todas las naciones, que atraviesan y penetran en el globo entero de parte á parte, y que se ven reaparecer en estos momentos en China y en el Japón desde el otro lado de la tierra.

El Juan de Troyes de Colonia, Guillermo de Hagen, escribano de la ciudad en 1270, refiere en su *Pequeña Crónica* manuscrita, desgraciadamente rayada durante la ocupación francesa y de la que no quedan más que algunas páginas descabaladas en Darmstadt, que en 1247, bajo el reinado de ese mismo arzobispo de Maguncia Siegfried, que tan formidable figura ofrece en la catedral en la tumba, un viejo astrólogo llamado Mabusius fué condenado á la horca como hechicero y adivino, y fué llevado para morir al patíbulo de piedra de Lorchhausen, que marcaba la frontera del arzobispo de Maguncia, y estaba frente á otro patíbulo que marcaba la frontera del conde palatino. Llegado allí, como el astrólogo se negaba á besar el crucifijo y se obstinaba en llamarse profeta, el monje que le acompañaba le preguntó chanceándose en qué año concluirían los arzobispos de Maguncia. El viejo rogó que le desliase la mano derecha, lo que así se hizo; luego recogió un clavo patibulario caído en tierra, y despues de haber pensado un instante, grabó con ese clavo en la cara del patíbulo que miraba á Maguncia ese polígrama singular:



Despues se entregó al verdugo, mientras que los asistentes se reían de su locura y de su enigma. Hoy, relacionando unos con otros los tres nombres misteriosos escritos por el viejo, se encuentra esa cifra formidable: *noventa y tres*.

Y, esto es también de notar, ese patíbulo amenazador que desde el siglo trece llevaba en su plinto siniestro la fecha de la caída de los imperios, llevaba al mismo tiempo su condenación propia y la fecha de su propio hundimiento. El patíbulo formaba parte del antiguo poder. La Revolución francesa respetó lo mismo la permanencia de los patibulos que la permanencia de las dinastías. Como ya

nada es de mármol, ya nada es de piedra. En el siglo diez y nueve el cadalso también ha perdido su grandeza; es de pino como el trono.

Así como Aix-la-Chapelle, Maguncia ha tenido un obispo, uno solo, nombrado por Napoleón, digno y respetable pastor, que ocupó, según se dice, la silla episcopal de 1802 á 1818, y que fué enterrado, como los otros, en lo que fué su catedral.

Hay que convenir, en presencia de la majestuosa nada de los electores arzobispaes de Maguncia, que es una nada muy pobre y muy pequeña la de este M. Luis Colmar, obispo del departamento del Mont-Tonnerre, en su tumba ojiva estilo trovador, que serviría de admirable modelo, de péndulo gótico, á los vecinos ricos de la calle de San Dionisio, si se le hubiese ajustado un cuadrante en lugar de un obispo. Por lo demás, como decía ahora mismo, ese pobre obispo, que solo tenía de grande ser un hecho revolucionario, dió al traste con el arzobispo soberano. Desde M. Luis Colmar no hay ya más que un obispo en Maguncia, hoy capital de la Hesse rhenana.

Allí también encontré una pareja árcade de arzobispos hermanos, enterrados frente á frente el uno del otro, después de haber reinado sobre el mismo pueblo y gobernado las mismas almas, el uno en 1390 y el otro en 1419. Juan y Adolfo de Nassau se miran en la nave de Maguncia como Adolfo y Antonio de Schauenbourg en el coro de Colonia.

He dicho que una de las cuarenta y tres tumbas era del siglo octavo. Ese monumento, que no es de un arzobispo, es el que yo busqué al principio y me hizo detener mucho más tiempo, porque hacía pareja en mi pensamiento con el gran sepulcro de Aix-la-Chapelle. Es la tumba de Fastrada, mujer de Carlo-Magno. La tumba de Fastrada es una sencilla lápida de mármol blanco incrustada en la pared. Yo descifré el epitafio, escrito en letras romanas, con abreviaciones bizantinas:

FASTRADANA PIA CAROLI CONIVX VOCITATA
CHRISTO DILECTA IACET HOC SVB MARMORE TECTA
ANNO SEPTENGENTESIMO NONAGESIMO QVARTO.

Después siguen estos tres versos misteriosos:

QVEM NVMERVM METRO CLAVDERE MVSA NEGAT
REX PIE QVEM GESSIT VIRGO LICET HIC CINERESCIT
SPIRITVS HÆRES SIT PATRIE QVÆ TRISTIA NESGIT.

Y por debajo el año mil en cifras árabes:

1000

Es, en efecto, en 794 cuando Fastrada, depositada en un principio en la iglesia de Saint-Alban, se durmió debajo de esta lápida. Mil años después, porque la historia mezcla alguna vez á las grandes cosas una espantosa precisión geométrica, en 1794, la compañera de Carlo-Magno se desperdició. Su vieja ciudad de Maguncia era bombardeada, su iglesia de Saint-Alban se desplomaba incendiada, su tumba estaba abierta. No se sabé qué se hizo de sus huesos en esta época. La piedra de su tumba fué transportada á la catedral.

Hoy un pobre hombre suizo, viejo, con peluca de color de venturina, vestido con una especie de uniforme de inválido, refiere estos hechos á los curiosos.

Además de las tumbas, los repisos de las estatuas pequeñas, los cuadros de madera con fondo de oro, los bajo-relieves de los altares, cada uno de los dos ábsides, tenía un mobiliario especial. El viejo ábside de 978, adornado de dos preciosas escaleras bizantinas, se marca distintamente alrededor de una magnífica pila bautismal de bronce del siglo catorce. En el frente exterior de esta vasta piscina están esculpidos los doce apóstoles y San Martín, patron de la iglesia. La tapa fué rota durante el bombardeo. En tiempo del imperio, época de gusto, se cubrió la pila gótica con una especie de cacerola.

El otro ábside, el más grande y el más antiguo, está ocupado y, por decirlo así, sobrecargado por un gran entablado del coro hecho de encina negra, donde el estilo machacon y furioso del siglo diez y ocho se despliega y se insurrecciona contra la línea recta con tanta violencia, que llega casi á tocar en los límites de la belleza. Jamás se ha puesto al servicio del mal gusto un cincel más delicado, una fantasía más poderosa, una invención más variada. Cuatro estatuas, Crescencio, primer obispo de Maguncia en 70; Bonifacio, primer arzobispo en 755; Willigis, primer elector en 1011, y Bardo, fundador de la catedral, en 1050, se muestran gravemente de pié en el círculo del coro, dominado encima del dosel asiático del arzobispo por el grupo ecuestre de San Martín el pobre. En

la entrada del coro se levantan, con toda la pompa misteriosa del gran sacerdote hebraico, Aaron, que representa el obispo de dentro, y Melquisedech, que figura el obispo de fuera.

El arzobispo de Maguncia, como los príncipes-obispos de Worms y de Lieja, como los arzobispos de Colonia y de Tréveris, como el Papa, reunía en su persona el doble pontificado. Era á la vez Aaron y Melquisedech.

Es una sombría y soberbia plaza romana la sala Capitulare, que está próxima al coro, y que reproduce con la espléndida carpintería Pompadour la antítesis de los dos grandes campanarios. Allí solo se vé una gran pared completamente desnuda, un pavimento polvoroso y abollado por los relieves de las lápidas sepulcrales, resto de un roseton en la ventana baja, un tímpano iluminado figurando San Martín, no como caballero romano, sino como obispo de Tours; tres grandes esculturas del siglo diez y seis, que son la *Crucifixion*, la *Salida del sepulcro* y la *Ascension*; alrededor de la sala un banco de piedra para los canónigos, y en el fondo, para el arzobispo-presidente, una ancha banqueta también de piedra, que recuerda aquella severa silla de mármol de los primeros Papas que se guarda en Nuestra Señora des-Doms de Avignon. Y si se sale de esta sala, se entra en el claustro, claustro del siglo catorce, que en todo tiempo ha sido un lugar austero y que hoy es un lugar lúgubre. El bombardeo del 94 está allí escrito por todas partes. Grandes yerbas húmedas, entre las cuales se recogen piedras plateadas por la baba de los reptiles; arcadas ojivas en los ventanajes rotos; losas sepulcrales rajadas por los obuses como si fueran de cristal; caballeros de piedra armados de todas armas, abofeteados en la cara por los estallidos de las bombas, quedando con estos golpes desfigurado el rostro; harapos de vieja secándose en una cuerda; tabiques de tablas remendando aquí y allá las paredes de granito; una soledad agobiadora, un silencio profundo interrumpido por el graznido intermitente de los cuervos; hé aquí hoy lo que es el claustro arzobispal de Maguncia. Uno de los asientos de un estribo, quebrantado por una bala, al choque se ha escurrido por completo en su alvéolo, pero no ha caído, y aparece todavía allí hoy como una tecla de clavicordio tocada por un dedo invisible. Dos ó tres estatuas tristes y terribles, de pié en un rincón, expuestas

á la lluvia y al viento, contemplan en silencio esta desolación.

Hay, debajo de las galerías del claustro, un monumento oscuro, un bajo-relieve del siglo catorce, cuyo enigma en vano he procurado adivinar. A un lado hay hombres encadenados con todas las actitudes de la desesperación; al otro, un emperador acompañado de un obispo y rodeado de una multitud de personajes triunfantes. Es Barbaroja? ¿Es Luis de Baviera? Es la revuelta de 1160? ¿Es la guerra de los de Maguncia contra los de Francfort en 1332? ¿No es nada de todo esto? Lo ignoro. Pasemos á otra cosa.

Cuando iba á salir de las galerías distinguí en la sombra una cabeza de piedra medio saliendo de la pared y ceñida con una corona, que tenía tres flores de mirto, como los reyes del siglo once. La miré. Era una figura dulce y severa al mismo tiempo, una de esas caras que llevan impresa la belleza augusta que dá al rostro del hombre la costumbre de acariciar grandes pensamientos. Por debajo, la mano de un transeunte había trazado con carbon este nombre: *FRAUENLOB*. Me acordé de ese Tasso de Maguncia, tan calumniado durante su vida y tan venerado después de su muerte. Cuando Enrique Frauenlob murió en 1318, creo que las mujeres de Maguncia, que le habían ridiculizado é insultado, quisieron llevar su ataúd. Esas mujeres y ese ataúd cargado de flores y de coronas están cincelados en la lápida un poco más abajo que la cabeza. Aun volví á mirar aquella noble cabeza. El escultor le dejó los ojos abiertos. En esa iglesia llena de sepulcros, entre esa multitud de príncipes y obispos yacentes, en ese claustro adormecido y muerto, tan solo el poeta está de pié y despierto.

La plaza del Mercado, que rodea dos lados de la catedral, es de un conjunto abundante, florido y entretenido. En el centro se levanta una bonita fuente trigona del renacimiento alemán; delicioso poemita, que, de un amontonamiento de armas, mitras, rios, náyades, báculos episcopales, cuernos de abundancia, ángeles, delfines y sirenas, hace un pedestal á la Virgen María. En uno de los frentes se lee este pentámetro:

ALBERTUS PRINCEPS, CIVIBUS IPSE SMO,

que recuerda, con menos sencillez, la dedicatoria escrita en la fuente erigida por el último elector de Tréveris, cerca de su palacio, en la ciudad nueva de Coblenza: *CLEMENS VINCESLAUS, ELECTOR,*

VICINIS SUIS. A sus conciudadanos es constitucional. A sus vecinos es encantador.

La fuente de Maguncia fué construida por Alberto de Brandeburgo, que reinaba por los años de 1540, como lo acababa de leer en su epitafio en la catedral: *Alberto, cardenal sacerdote de San Pedro-aux-Liens, archicanciller del Sacro Imperio, marqués de Brandeburgo, duque de Stettin y de Pomerania, elector.* Erigió, ó mejor dicho, reconstruyó esa fuente en recuerdo de las prosperidades de Carlos V y de la cautividad de Francisco I, como lo hace constar esta inscripción en letras de oro, retocadas recientemente:

DIVO KAROLO V CÆSARE SEMP. AVG. POST VICTORIÆ GALLICAM REGE IPSO AD TICINVM SVPERATO AC CAPTO TRIVPHANTE FATALIQ. RUSTICORVPER GERMANIA COSPIRATIONE PROSTRATA ALBER. CARD. ED ARCHIEP. MOG. FONTE HUNC VETVSTATE DILAPSV AD CIVIV SVORUM POSTERITATISQVE VSVM RESTITVI CVRAVIT.

Vista desde lo alto de la ciudadela, Maguncia presenta diez y seis techumbres, hácia las cuales se vuelven graciosamente los cañones de la confederación germánica; los seis campanarios de la catedral, dos bonitas atalayas militares, una aguja del siglo doce, cuatro campanarios pequeños flamencos, más la cúpula de los Carmelitas de la calle Cassette reproducida tres veces. En la pendiente de la colina que corona la fortaleza, una de esas chavacanas cúpulas sobre una pobre iglesia sajona, la más triste y la más humillada del mundo, pegada á un precioso claustro gótico de cruceros flamantes, donde los kaiserlichs abreven sus caballos en los sarcófagos romanos.

La belleza de las ribereñas del Rhin no se desmiente en Maguncia; pero son á la vez curiosas á la manera de las flamencas y á la manera de las alsacianas. Maguncia es el punto de unión del espíespejo de Amberes y del espíatorrecilla de Estrasburgo.

La ciudad, por blanqueada que esté, ha guardado en muchos sitios su honorable aspecto de ciudad mercantil de la confederación rhenana. Aun se lee en las puertas: PRO CELERI MERCATURÆ EXPEDITIONE. Dentro de dos ó tres años se leerá en ella: *Transporte acelerado.*

Aparte de esto, una vida exuberante, que sale del Rhin, anima esta ciudad, que no está menos erizada de mástiles, ni menos obstruida de fardos, ni menos alborotada que Colonia. Se anda, se habla, se empuja, se arrastra, se llega, se parte, se vende, se compra, se grita, se

canta, se vive, en fin, en todos los barrios, en todas las casas, en todas las calles. Por la noche calla ese inmenso zumbido y no se oye en Maguncia más que el murmullo del río y el eterno ruido de los diez y siete molinos de agua, amarrados á los pilares sumergidos del puente de Carlo-Magno.

Sea lo que fuere lo que hayan hecho los Congresos, ó por mejor decir, á causa de lo que han hecho los Congresos, el vacío dejado en Maguncia por la triple dominación de los romanos, de los arzobispos y de los franceses no se ha llenado. Nadie se encuentra en su casa. Monsieur el gran duque de Hesse no reina allí más que de nombre. Desde su fortaleza de Cassel puede leer: CURA CONFEDERATIONIS CONDITUM; y puede ver un soldado blanco y un soldado azul, es decir, Austria y Prusia, pasearse día y noche, con el arma al brazo, por delante su fortaleza de Maguncia. Ni Prusia ni Austria están allí como en sus casas; se molestan y se codean. Evidentemente esto no es más que un estado provisional. Hay en el mismo muro de la ciudadela una ruina semi-incrustada en la muralla nueva, una especie de pedestal desnuchado, que aun se llama ahora la *pedra del Águila*, Adlerstein. Es la tumba de Druso. Una águila, en efecto, una águila imperial, una águila formidable y omnipotente, se colocó allí por espacio de mil seiscientos años y despues se eclipsó. Reapareció en 1804 y en 1814 tendió de nuevo las alas. Hoy, á la hora en que estamos, Maguncia distingue en el horizonte, por el lado de Francia, un punto negro que toma cuerpo y que se acerca. Es el águila que vuelve.

CARTA XXIV.

Francfort-sur-le-Mein.

Qué aspecto presenta cierta calle de Francfort cierto día de la semana.—Lo que abunda en Francfort.—Cuál es el mayor peligro que se puede correr en Francfort.—El autor vá al matadero.—Lanza muchos gritos de entusiasmo.—El degüello de los inocentes.—El autor olvida todos sus deberes, hasta el punto de desobedecer á una niña de cuatro años.—La plaza pública.—Las dos fuentes.—El autor dice verdades á la justicia.—El Rømer.—Utilidad de una criada que toma una llave colgada de un clavo en la cocina.—Sala de los electores.—Detalles.—Sala de los emperadores.—Los cuarenta y cinco nichos.—Lo que pasaba en la plaza cuando los electores habian elegido el emperador.—Lo que pasaba en la iglesia despues de lo que habia pasado en la plaza.—La iglesia colegiata de Francfort.—Lo que cuelga de las murallas.—El reloj.—Los cuadros.—Santa Cecilia tal como se la ha encontrado en su tumba.—La corona imperial.—San Bartolomé.—Gunter

de Schwarzbourg.—El autor sube al campanario.—Francfort-sur-le-Mein á vista de pájaro.—Los habitantes que hay en lo alto del campanario.—Filosofía.

Maguncia, Setiembre.

Llegué á Francfort un sábado. Hacia ya largo rato que, marchando al azar, buscaba un viejo Francfort entre un laberinto de casas nuevas, muy feas, y de jardines muy bellos, cuando de pronto llegué á la entrada de una calle muy singular. Se componía de dos largas hileras paralelas de casas negras, sombrías, altas, siniestras, casi iguales, pero teniendo, no obstante, entre ellas esas ligeras diferencias en las cosas semejantes que caracterizan las buenas épocas de arquitectura; entre esas casas, todas contiguas y compactas y como oprimidas con terror las unas con las otras, una calzada estrecha, obtusa, tirada á cordel; postigos tan solo abiertos en su parte superior de enrejados extravagantemente colocados; todas las puertas cerradas; en el piso bajo únicamente ventanas, reforzadas con gruesas barras de hierro, echadas todas las barras; en los pisos superiores balcones de madera, casi por todas partes asegurados con barrotes de hierro; un silencio tétrico; ni un canto, ni una voz, ni un soplo; por intervalos el ruido ahogado de pasos en el interior de las casas; al lado de las puertas un ventanillo enrejado, medio entreabierto en un pasadizo tenebroso; por todas partes polvo, ceniza, telarañas, la ruina carcomida, la miseria más ficticia que real; una apariencia de angustia y de temor esparcida por las fachadas de los edificios; uno ó dos que pasan por la calle mirándose con no sé qué desconfianza azorada; en las ventanas de los primeros pisos, jóvenes adornadas, de color moreno y perfil anguloso, apareciendo furtivamente, ó caras de viejas con nariz de buho, peinadas de un modo exagerado, inmóviles y descoloridas, detrás de los cristales empañados; en los pasillos de los pisos bajos montones de bultos y mercancías; fortalezas más bien que casas, cavernas más bien que fortalezas, espectros más bien que transeuntes. Estaba en la calle de los Judíos y era un sábado.

En Francfort todavía hay judíos cristianos; verdaderos cristianos que desprecian á los judíos, verdaderos judíos que aborrecen á los cristianos. Ambas partes se execran y se evitan. Nuestra civilización, que tiene todas las ideas en equilibrio y que tiende á hacer desaparecer en

todo la cólera, no comprende ya esas miradas de abominación que se dirige recíprocamente gente desconocida. Los judíos de Francfort viven en sus lúgubres casas retirados en sus patios, para evitar que llegue hasta ellos el aliento de los cristianos. Hace doce años, esta calle de los Judíos, reedificada y un poco ensanchada en 1662, tenía aun en los dos extremos puertas de hierro revestidas de barras y de armaduras, tanto exterior como interiormente. Llegada la noche, los judíos entraban y las dos puertas se cerraban. Se les echaba el cerrojo por fuera como apestados, y ellos se atrincheraban por dentro como sitiados.

La calle de los Judíos no es una calle, es una ciudad en la ciudad.

Saliendo de la calle de los Judíos encontré la vieja ciudad. Acababa de hacer mi entrada en Francfort.

Francfort es la ciudad de las cariátides. Yo no he visto en ninguna parte tantos colosos mozos de cordel como en Francfort. Es imposible hacer trabajar, gimotear y aullar el mármol, la piedra, el bronce y la madera con una invención más rica y una crueldad más variada.

Por cualquier lado que se vuelva se encuentran pobres figuras de todas las épocas, de todos los estilos, de todos los sexos, de todas las edades, de todas las fantasmagorías, que se retuercen y gimen miserablemente bajo pesos enormes. Sátiros cornudos, ninfas de gargantas flamencas, enanos, gigantes, esfinges, dragones, ángeles, diablos, todo un infortunado pueblo de seres sobrenaturales, reunido por algún mágico que pecaba desvergonzadamente á la vez en todas las mitologías, encerrado por él en envolturas petrificadas y allí encadenado bajo los cornisamentos, impostas y arquitrabes, y asegurado hasta medio cuerpo en las paredes. Los unos sostienen balcones, los otros torrecillas, los más agobiados casas; otros levantan sobre sus espaldas algún insolente negro de bronce, vestido con un ropaje de estaño dorado, ó un inmenso emperador romano de piedra, con toda la pompa del traje de Luis XIV, con su gran peluca, su amplio manto, su sillón, su estrado, su credencial donde está su corona, su dosel de caídas festoneadas y anchos tapices; colosal máquina, que representa un grabado de Audran completamente reproducido en saliente relieve en un monolito de veinte piés de alto. Esos prodigiosos monumentos son muestras de posadas. Bajo esos fardos titáni-